

## LAS 36.000 ENTREVISTAS DE CARLOS Y SOFÍA

Acertada la iniciativa del CIC-UCAB de rescatar las entrevistas que por televisión realizaron Carlos Rangel y Sofía Imber y que al fallecimiento de Carlos, mantuvo Sofía con el mismo singular estilo que explicó su importancia política y su éxito comunicacional.

La segunda mitad de este acelerado siglo XX venezolano puede dividirse en dos etapas que abarcan todos los planos de la vida nacional: antes y después de la televisión. Ningún medio de comunicación iguala a la televisión en los alcances de influencia logrados en tan corto espacio de tiempo sobre todos los sectores de la vida nacional. Naturalmente que aliada a la democracia, único clima dentro de la cual puede desarrollar la T.V. su poder infinito. Es la alianza perfecta, pues a su turno la televisión obliga a todos los ciudadanos de una nación a conocer el camino que recorren, a participar en el debate y a vigilar la conducta de sus dirigentes y de quienes aspiran a sustituirlo.

La televisión llegó a Venezuela en tiempos de silencio obligatorio. Las dictaduras imponen a los ciudadanos, la mudez, la ceguera y la sordera para dejarlos vivir en paz. Entonces la televisión es cine mudo, se ven los gestos, pero no se oye la voz. A menos que sean los gritos de Hitler que acompañan sus muecas o la oratoria rimbombante, de clarines y truenos de Benito Mussolini. Otros dictadores no hablan, pues piensan que hacerlo es una concesión a la odiada libertad. El dictador venezolano que saludó la llegada de la televisión redujo su oratoria a mensajes que tenían las dimensiones y el imperio de las órdenes militares.

Sin embargo, una voz, la de Arturo Uslar Pietri con su programa “Valores Humanos” enseñó a los primeros televidentes venezolanos a medir las dimensiones futuras de el nuevo huésped casero. Uslar Pietri con su poder de novelista y su dominio de la historia recordó a quienes lo habían olvidado y enseñó a la mayoría ignorante que la historia de la humanidad, es la historia de la lucha por la libertad. La censura no se atrevía a prohibir esos relatos de Uslar Pietri que congregaban frente a la pantalla chica a gente vieja y a jóvenes impacientes. Era un viaje de contrabando por otros mundos, sin permiso de la seguridad nacional.

Desde la madrugada del 23 de enero de 1958, en que la televisión anunció al país que el dictador había abandonado el país y que en Miraflores se ha constituido una Junta de Gobierno, los medios de comunicación social, y de manera especial la televisión cobran importancia de factores determinantes en el rumbo del país. Era el comienzo de un camino que los lleva treinta y seis años más tarde a ser casi el primer poder nacional. Terminaba el monopolio de los líderes sobre las masas y de los secretos que constituyen la fuerza principal en la trama del poder.

El cambio que la TV determinaba del escenario nacional -y de manera especial del escenario político- era de una profundidad revolucionaria pues sin grandes costos eliminaba la tradicional división de los venezolanos en capitalinos y caraqueños, los que saben todo

antes de que suceda y los venezolanos del interior, o provincianos (orientales , andinos, llaneros, etc.) a quienes nunca les llegan las noticias o les llegan cuando las cosas ya han pasado. Ahora como en la repetida frase de la aldea global la televisión convertía a Venezuela en una metrópoli en donde las urbanizaciones y los barrios eran las ciudades, pueblos y aldeas de esa extensión nacional que comienza en Táchira y termina en Delta Amacuro.

Sin lugar a dudas habían cambiado los tiempos en solo una década. Que fácil fue para los líderes fundadores de la democracia, Betancourt, Villalba, Caldera, Machado en 1936 y 1945 tener las masas cautivas en el Nuevo Circo para que oyeran sus evangelios. Por otra parte los periódicos de Caracas llegaban a Ciudad Bolívar y a San Cristóbal con ocho días de retardo.

Es digno de interés mirar el archivo de las treinta y seis mil entrevistas realizadas a lo largo de tres décadas por Carlos Rangel y Sofía Imber y luego por Sofía Imber. Al revisar la transcripción de sus textos se realiza un paseo en compañía de Carlos y Sofía por treinta años de la historia venezolana, latinoamericana y mundial. El índice resucita grandes momentos de la pasión venezolana, hoy olvidados. Resucita a los grandes líderes en sus mejores momentos y en sus grandes fracasos. Está allí el contrapunteo de quien resultó vencedor en la jornada presidencial y la presencia de los derrotados, a quienes el fracaso borra de la memoria infiel. Cuando el índice señala algunos nombres, que en alguna hora fueron personajes decisivos, uno se detiene para preguntar: ¿qué se hizo, qué fue de su vida? Pues los periódicos no han registrado su muerte. Quedaron transcritos para los historiadores del futuro sus frases felices y también de las contradicciones, entre cuanto prometieron realizar una vez triunfantes y la realidad frustrante en el ejercicio del poder, lo que en verdad fueron sus gobiernos. La televisión es implacable y más si quienes realizan el interrogatorio son gentes como Carlos y Sofía, inquisitivos, estudiosos del personaje, conocedores de los secretos de la “realidad real”. Entonces el examen de conciencia que es la entrevista en la televisión se convierte en rayos X, tomografía y ecosonograma, al mismo tiempo.

Una de las razones del éxito de las entrevistas realizadas por Carlos Rangel y Sofía Imber, y luego por Sofía Imber es la trascendencia que ele otorgaban al personaje invitado, así este fuera un personajillo de circunstancias. Esa importancia concedida a quien iban a entrevistar los llevaba a no caer en la improvisación y nunca apelar al recurso de los titulares del periódico de la mañana para enhebrar el hilo de la conversación. En multiplicadas oportunidades, los vi dedicados en horas que debían ser de descanso a buscar documentos sobre la vida y obra del invitado, de los temas que se abordarían, de los debates políticos en que hubiera tomado parte el personaje para crear un clima de altura y respeto mutuos y así elevar la entrevista a un plano de utilidad colectiva. Además podían hacerlos pues se unían en Carlos Rangel y Sofía Imber condiciones complementarias para esta diaria y difícil empresa. La sólida formación universitaria europea de Carlos, su excepcional capacidad analítica y su desvelo por el destino venezolano con la notable capacidad periodística u formación cultural de Sofía Imber que venía de ser periodista inquisitiva, intransigente, imprevisible, del reporterismo caraqueño, estilo comunicacional que forma escuela en los últimos tiempos.

Siempre recordamos el despacho de Carlos y Sofía en las horas de la creación y consolidación institucional del Museo de Arte Contemporáneo, pues coincide el empeño fundacional del hoy famoso instituto del arte con la época en que sus entrevistas en la televisión cobraban la alta categoría que luego mantuvieron. Es a mediados de 1973 cuando Carlos y Sofía solicitan del Presidente del Centro Simón Bolívar, el ingeniero Gustavo Rodríguez Amengual, un pequeño espacio como sitio para fundar el Museo que Caracas reclamaba. El sitio ideal debía estar en medio de las grandes edificaciones de Parque Central. En forma disciplinada y sin confundir el tiempo de las dos tareas, las jornadas de trabajo interminables perfeccionaban las dos distintas empresas.

Hoy veinte años después el Museo que se bautiza “Museo de arte Contemporáneo Sofía Imber” es referencia mundial. Al caminar por la parte escondida del Museo, lo que conocen escasos visitantes de las salas de exposiciones encuentra el visitante otro archivo maravillosos, la historia del arte contemporáneo venezolano. Uno y otro archivos, el del Museo y el de las entrevistas forman unidad, es la revisión de lo contemporáneo venezolano.

Cuando una entrevista tiene la categoría que le otorgaban la capacidad periodística y la habilidad profesional de Carlos y Sofía, o de Sofía, entonces el personaje invitado al diálogo, a la entrevista, a la repregunta bien sea aspirante a líder, candidato presidencial o postulado a padre de la patria, cualquiera que sea su dimensión o su ambición, se ve sometido a un examen que recuerda los de los viejos liceos ya desaparecidos, pero en los que el jurado examinador no son Carlos y Sofía, sino cinco o seis millones de venezolanos televidentes que lo miran y escuchan desde Caracas, Coro, Carúpano, Upata, y Táriba. Televidentes que escrutan su rostro, sus manos, sus gestos y miden la concordancia entre palabras y actitudes para calcular los grados de la verdad en sus palabras. Esas 36.000 fueron transcritas fielmente y están allí para ayuda de los investigadores, que siempre andan buscando nuevas fuentes al estudiar la personalidad de quienes han sido dueños del país dentro de las reglas que para utilizar el poder compone el sistema democrático. Esas 36.000 entrevistas tiene el valor de otras tantas confesiones, la movilidad e la vida y la verdad de los archivos clínicos.

Ramón J. Velásquez